

El pacto silencioso

Hubo un tiempo en que las calles eran promesas de polvo y campanillas, cuando el paso humano marcaba el compás y la prudencia se transmitía de boca en boca, como un saber antiguo. Luego llegó el siglo de la velocidad. El asfalto aprendió a rugir, los semáforos alzaron su voz luminosa y el tiempo comenzó a discurrir más deprisa que las personas.

Ella lo ha visto todo. La mujer mayor que espera el verde conoce bien esa mudanza. Ha sido testigo de cómo la vía pasó de sendero a linde, de espacio compartido a territorio incierto. Ha aprendido, a veces con pérdida, que la seguridad vial es un pacto silencioso para seguir habitando la vida. Por eso se detiene, observa y espera.

Cada día cruza con paso sereno, sin alboroto ni premura. A su lado, un niño aprende a esperar. Una adolescente comprende que la prisa nunca justifica el riesgo. Un joven decide detenerse, aunque nadie lo observe. Y ella, con la memoria en la mirada y la experiencia en las manos, enseña a mirar a ambos lados. Educa con el ejemplo.

En ese pacto caben también los cuerpos que el tiempo ha ido transformando. La abuela camina ahora más despacio; sus pasos ya no recuerdan la ligereza de otros años. El oído devuelve sonidos amortiguados, la vista ofrece contornos inciertos y la memoria a veces se demora. No es descuido, es el lenguaje sereno de la edad. Ella avanza con cautela y la ciudad, que aprende con quienes la habitan, ha sabido responder mediante semáforos más largos, señales que hablan, aceras que acompañan y recorridos pensados para no desorientar.

La seguridad vial es una forma de cuidarnos para cuidar. Y el camino —memoria de quienes fueron y promesa de quienes vendrán— se construye cuando aprendemos a compartir el trayecto.

Seudónimo: Salmart